

LOCURA, CONOCIMIENTO CIENTÍFICO Y REALIDAD: ¿INFORMACIÓN O COMUNICACIÓN?

Rosendo Rodríguez Fernández*

RESUMEN

Varios puntos se tocan en el presente texto en referencia a algunas posibles relaciones entre la psicosis, la ciencia (entendida como una forma de conocimiento) y la realidad. Se parte de algunas premisas que son objeto de planteamientos epistemológicos por parte de pensadores post-marxistas y neo-kantianos que abren el espacio a serios cuestionamientos frente a la idea de la psicosis y dejan indicados varios caminos en los que, al parecer, ésta se requiere como condición existencial a fin de avanzar en el terreno del conocimiento científico. No se pretende responder (decir la verdad, lo cual podría ser imaginario) o hacer una aproximación (en un sentido positivista, entender que la verdad tiene un 90 o 95% de confiabilidad), lo cual también en sí mismo podría ser ilusorio. Se pretende esbozar un problema cuya complejidad (seguramente) rebasa con mucho las posibilidades reflexivas de quien escribe estas líneas.

Palabras clave: Realidad, simbolismo, imaginario, creatividad.

ABSTRACT

Several aspects, in relation to some possible relations between psychosis, science (understood as a way of knowledge) and reality, are considered in this article. We start from some premises that are the object of epistemological statements presented by post-marxist and neo-kantian thinkers, who create a space for serious questioning in relation to the idea of psychosis and open some paths where, apparently, it is required as an existential condition in order to go further into the scientific knowledge. It is not intended to answer (tell the truth, which can be imaginary) or make an approximation (in a positivist sense, understand that truth is 90% to 95% reliable), which can be illusory in itself. We pretend to state a problem whose complexity (for sure) greatly surpasses the reflexive possibilities of those who write these lines.

Key words: Reality, symbolism, imaginary, creativity.

* Psicólogo, Universidad Nacional; especialista en Docencia Universitaria de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, docente de la Fundación Universitaria Los Libertadores. rosendo20038@hotmail.com

“...estimas que no era preciso arañar con la verdad mordaz los oídos delicados. Si consideras que en ningún caso se ha de hablar con libertad y que la verdad jamás ha de manifestarse, salvo cuando no ofende, ¿por qué los médicos curan con hierbas amargas y ponen la hierapicra entre los remedios más loados? Si los que curan los males del cuerpo proceden de este modo, ¿cuánto más habilitados no estamos para hacer lo mismo a fin de curar las enfermedades del alma?”

Desiderio Erasmo, a Martín Dorpio, Amberes, Mayo de 1515

U n poco de historia...

Para Kant aparece clara la idea de la relatividad del conocimiento en el sentido en que solamente es posible acceder a la realidad a través de la conciencia, es decir, a través de la construcción de unas categorías de pensamiento que hacen visible el objeto. No obstante, el filósofo no se desprende de la metafísica. (Una metafísica que, por cierto, no se ha separado de la teología en el sentido en que lo trascendente se puede equiparar con la Verdad, con Dios o con la cosa en sí, que de cierta manera es el código trascendente e incondicionado y ahistórico de las Leyes de la Naturaleza). La conciencia del sujeto trascendente se convierte nuevamente en un canon absoluto (La Verdad), que es capaz de “...dar forma a las fuerzas amorfas que perciben los sentidos. El Caos debe ser doblegado por el signo, las cosas informes deben someterse a un bautizo, al ritual del “ensignamiento” destinado a doblegar las fuerzas del sinsentido; enseñar es conocer y cumplir la ley, organizar el orden social y el orden de la consciencia.” (Toro, 1998, p. 11)

Báez ha dicho sucintamente, tocando de manera directa este problema de la metafísica, que se trata del intento de hacer caber la realidad por el estre-

cho marco del pensamiento. Al parecer, este señalamiento ya lo había indicado Nietzsche. (Citado por Toro, p. 11). Hacer metafísica es equiparar la realidad con el pensamiento, pasando por alto el hecho (a su vez teoría) de que la realidad existe y funciona al margen de lo que se piensa de ésta. Las categorías metafísicas de la conciencia del sujeto trascendente de Kant, constituyeron una formación híbrida entre el viejo paradigma de la Verdad del pensamiento platónico y el relativismo del punto de vista. Nietzsche ha criticado esta postura, señalando la multiplicidad de sentidos que se pueden atribuir a un mismo fenómeno, lo cual depende del punto de vista hermenéutico. (Citado por Toro, l. c., p. 20) Así pues, habría que combatir la lógica de Occidente que pretende encasillar en su lenguaje una compleja realidad, negándola en su afirmación. El código entonces, desde la perspectiva de Nietzsche, es nihilista, arrastrando consigo una lógica de la muerte o la negación, siendo el camino alternativo la apertura estética, ética y epistemológica que piensa la realidad en su devenir constante. Esta última pretensión tiene en cuenta lo negado, que es el caos que se rebela contra la formalización y, de cierto modo, le exige a la forma un cambio. Hegel (1986) había visto la insuficiencia de la medición

para la construcción de un pensamiento científico y señalaba el devenir de las cosas como producto de la contradicción entre lo que se afirma y lo que se niega, que termina en una síntesis. La visión de la ciencia sobre la realidad tenía entonces que ser sistemática e histórica, incluyendo también la lógica de los resultados, pero no reduciéndose a éstos.

La consecuencia de esta mirada es, en su naturaleza misma, autoreflexiva: la lucha contra la filosofía de la formalización, contra la lógica de la reducción, se traduce en miradas atravesadas por saberes ligados a la ciencia y la llevan a la generación de teorías de segundo orden. Al mirarse a sí misma, la ciencia produce un nuevo conocimiento que es una teoría de sí misma y que crea una nueva realidad. Aunque esto no es nuevo, pues la teoría del conocimiento es una teoría de segunda generación, una ciencia autoreflexiva supera a la ciencia clásica, a la vez que el mismo reino de la forma se convierte en un lenguaje autónomo, constructor de nuevas formas y de nuevas realidades. La realidad sigue su curso, pero el pensamiento, que es parte de la realidad, también entra en una autonomía con respecto al sujeto, que conduce a la conclusión de que el pensamiento piensa al investigador (Zuleta, 2006). Es conocida la respuesta de Freud a propósito de una petición para que elaborara una teoría sexual, en el sentido de que si la teoría venía a Freud, él la produciría. La creación del conocimiento sería entonces la elaboración de un código a partir de los problemas que plantea éste mismo. La autonomía de la teoría requiere un autor, pero el autor solamente puede hacerla a partir de un proceso de pensamiento en el que se piensa con arreglo a una forma. Puede encontrarse una

ilustración de lo que llama Simondon la vía transductiva, que es una solución matemática encaminada a superar las paradojas creando nuevas unidades o nuevos lenguajes. (Citado por Ibáñez, 1988). Pero a su vez, el autor es producto del código que habla.

Hasta este punto, se tienen dos términos en una interacción que se hace compleja. La realidad produce sujetos que a su vez producen sistemas de signos a los que se llama conocimiento. El conocimiento y la realidad toman cada cual su curso, pero conservan sus relaciones: por un lado, la teoría se hace autónoma, generando nuevos órdenes, y nuevas realidades (imaginarias o virtuales). Por el otro, la realidad sigue su curso, lejos de las preocupaciones de los filósofos y los científicos. No obstante, recuérdese que la realidad para poder ser percibida por un ser humano, requiere de éste una organización conceptual. Sin ella, se tendría una percepción caótica de un devenir puro, una percepción al margen del lenguaje. Se estaría, desde esta perspectiva, en el autismo (percepción directa del caos, o sensación pura, sin símbolo, tal vez sin imagen, sin palabras).

Volviendo, sin embargo, a la estructura conceptual que hace posible puntuar o codificar la realidad y tomar contacto mediato con ésta, el ser humano ha construido históricamente diversos sistemas de pensamiento para aprehenderla. Las ciencias duras presentan complejas formas matemáticas que cada vez generan realidades imaginadas nuevas, que pasan a ser virtuales y también, en cierto modo, materiales. En la vida cotidiana, sin embargo, no se utiliza un lenguaje científico, complejo, para hacer referencia a la realidad. Se emplean len-

guajes metafóricos que la designan y que permiten la comunicación¹.

Emplear un lenguaje científico en el plano de lo social, de la vida de todos los días, por ser un lenguaje hermético, constituye, en sí mismo, un rasgo esquizoide, pues queda impedida la comunicación. Se dice pues, que para vivir la realidad de la vida diaria, se requiere un lenguaje común que la designe y este lenguaje, como cualquier otro, es producto de la organización de lo simbólico y lo imaginario. “El conocimiento es una combinación de lo imaginario y lo simbólico, eso es lo que nos da acceso a lo real” (Zuleta, 2006, p. 130). Esto vale tanto para el conocimiento cotidiano, como para el conocimiento científico. Sigue el autor diciendo: “Es imaginario todo, pero también todo es simbólico; mientras uno se deja ir por cualquiera de las dos líneas, pierde la realidad, y en la medida en que las combine, tiene algún acceso a ella. Veo esta grabadora ahí: puede ser imaginaria; por ejemplo, la puedo ver como un ataúd en el que se pierde mi palabra y queda muerta; también la puedo ver en el orden simbólico como algo que le facilita a alguien volver a oír mi charla, es un instrumento. Si no soy capaz de ver sino una de las dos, empiezo a delirar” (Zuleta, p. 129).

Pero la imaginación, atravesada de símbolo, es un poderoso dispositivo productor de ideas. La imaginación juega un importante papel en el desarrollo del pensamiento científico. Erika Jaillier Castrillón (2003) publicó un interesante artículo donde sustenta esta idea, aunque utiliza otros términos. Para la autora, el ser humano crea utopías, o ficciones. Una de dichas ficciones, o mejor, la gran fic-

ción, es la realidad. ¿Idealismo? Lejos de ello, la autora reconoce una realidad independiente del pensamiento, pero que es construida por éste, el cual básicamente lo que hace es generar una representación, una imagen, una ficción, que es una utopía. Parafraseando a Watzlawick (2003) se pregunta: “¿Es real la realidad? ¿Qué de ella es ficción, qué de ella es invención de nuestro propio conocimiento? ¿Qué de ella es simplemente una cuestión de contraste entre lo verdaderamente real y aquello que nuestros limitados sentidos pueden construir?” (p. 65).

Buenas preguntas, todas ellas conteniendo las respuestas, en múltiples direcciones. La realidad que el hombre construye, realidad lingüística, es utópica en el sentido en que termina negando lo real (pero forma parte de lo negado: la teoría niega una realidad de la que hace parte). Integra esto último en un discurso y hace de tal manera el mundo. Mientras existieron los espíritus, el mundo fue animista (aún lo es para una gran mayoría de personas); mientras se pudieron manipular (según el deseo de la gente) dichos espíritus, el mundo fue (y es) mágico; mientras los espíritus cedieron ante el buen Dios, el mundo fue (y es) religioso.

En la Modernidad el hombre se topó con la ciencia que le dio muerte a Dios y la convirtió en Verdad (conciencia del sujeto trascendental) o metafísica. De allí, la realidad se volvió compleja. Se convirtió en un código que lucha por ordenar el caos, al cual vuelven a tender todas las cosas que han adquirido forma, incluso el pensamiento mismo. La teoría del conocimiento se volvió teoría de segundo orden, reflexiva, generadora de

¹ Sobre este tema, es pertinente consultar la obra de Vigotsky, *Pensamiento y Lenguaje, Teoría de la Comunicación Humana*.

realidades nuevas, que primero están en el plano imaginario. La locura se consideró siempre una marginación de la realidad, una alienación o mistificación. ¿Es esto último posible, a la luz de los conceptos brevemente reseñados? Es decir, ¿Cómo se definiría la locura, siempre que la realidad es una construcción del pensamiento? ¿Cómo podría establecerse que hay alguien que está proscrito de la realidad?

Un poco de locura

Zuleta (2006) recuerda al lector que la pérdida de la realidad se da en la fractura del orden simbólico y del orden imaginario. Es decir, si la imaginación cobra vida propia al margen del símbolo, o viceversa. O también, que, cuando el hombre no entra al complejo de Edipo, queda atrapado en una psicosis primitiva (p. 128 y 152). Citando a Luis Wolfson, autor del texto “El Esquizofrénico y las Lenguas”, reporta que este hombre aprendió alrededor de diez idiomas para evitar el de la madre, y no tener que oírlo, puesto que le penetraba por los oídos y lo descomponía interiormente (p. 153).

¿Qué dice este caso clínico? El conocimiento se genera en cualquier dirección, pero ésta no es tan libre como parece. Desde la teoría clásica del psicoanálisis, el conocimiento obedece a toda una estructura histórico-socio-cultural que opera como contexto de emergencia, como productora de sujetos y de conocimiento. Wolfson niega el lenguaje materno, pues a través de la dimensión material de las palabras (sonido) será descompuesto o disgregado. La interpretación del loco acerca del estímulo que perciben sus sentidos, es imaginaria. Pero si el observador se ubica en los zapatos del autor, la experiencia es real. Hay también aquí una organización

de la experiencia y un contacto con un estímulo real, que es codificado en un solo orden, el imaginario. Pero ese orden comporta una realidad, que es la del psicótico. La negación de una realidad (voz de la madre) produce otra realidad. Esto, sin embargo, sucedió de cierto modo entre los matemáticos italianos que inventaron los números imaginarios para superar una paradoja (Citados por Ibáñez, 1988). Esto es, imaginar unos números como salida a una realidad matemática que llegaba a un callejón en el que estaría actualmente estancada y sin remedio.

El reconocimiento del saber científico contiene los mismos ingredientes del saber del loco, con la diferencia que el saber científico goza del status que heredó de la metafísica kantiana: tiene parentesco con la Verdad. Es ilustre, tiene alcurnia, y está ligado a la ética y la estética trascendental. El saber del loco puede ser calificado de baja alcurnia, pues es imaginario. Entre ambos, generan mundos. El saber científico está ligado a la comunicación, o al acuerdo sobre la realidad a partir de la aplicación de los métodos de la ciencia. El saber del loco está ligado a una relación con la madre-realidad, cuyos componentes remiten constantemente a la fractura de lo imaginario y lo simbólico. Y en el imaginario, el loco es él mismo la madre. Él es la realidad. En la fusión con la madre se observa un desbordamiento narcisista, porque la madre es la realidad. La indistinción entre madre y loco, madre y realidad, engendra la megalomanía: omnipotencia del pensamiento.

La ciencia requiere delimitar tanto al sujeto como a la realidad. Trae consigo una normatividad que cobija los procesos de investigación y en consecuencia separa (obedeciendo a la dinámica del complejo de castración) al investigador de lo

investigado, aún reconociendo que el investigador forma parte de la realidad que investiga. El psicótico frente al científico es un megalómano. No obstante, éste es capaz de ver otros aspectos de la realidad que aquél no capta en razón de los restos de la megalomanía en la actitud científica: nuevamente el científico, falseándose a sí mismo, afirma la Verdad. ¿Cuánto saber hay en la locura, que no ha sido reconocido en razón del escaso prestigio del que goza?. Y ¿Cuánta ignorancia ilustrada en paradigmas pseudo-científicos que constituyen un nuevo oscurantismo?.

Para no escurrir demasiado el bulto, piénsese que el saber del loco por lo general remite al modo de conocer que se deriva de una relación social primordial: para acceder al código (lenguaje, ley) es necesario el vehículo afectivo que implica la existencia de otro, que es la madre. Pero si el yo que se genera en esa relación es muy frágil en su constitución, se disgrega como en el caso de Renée o de Wolfson (Sechehaye, 1958, Zuleta, 2006). Entre la madre del psicótico y éste no habría comunicación, en tanto que dos organismos constituyen una unidad. El saber científico es un proceso de comunicación, es decir, de reconocimiento de otro, portador de un nuevo orden, el cual se desprende del código lingüístico. Este nuevo orden es de naturaleza metalingüística, es un saber más allá del lenguaje cotidiano, que transforma radicalmente la realidad.

En el caso de la locura, el saber es imaginario, pero es un saber, que por lo general está al lado del saber de la vida cotidiana. No obstante, hay varios acontecimientos históricos que marcan la diferencia entre la locura y la ciencia: la pérdida del status por parte del hombre como centro del universo y creación divina y la fractura de la verdad o la caída de

la metafísica, con la consecuente aceptación del relativismo del conocer. Galileo fue calificado de hereje, Bruno murió en la hoguera y muchas almas fueron purificadas por el dolor hasta bien entrado el siglo XVIII. Tal vez estos sabios sean todo menos locos, pero en torno a ellos imperaba una atmósfera de misticismo, caracterizado por la devoción a la Verdad. Estadísticamente eran muchos más los que entonces pensaban que la Tierra era plana y estaba limitada por una bóveda celeste y tenía unos confines donde los marinos arriesgados eran devorados por el abismo. Pocos eran los que alegaban, a riesgo de su vida, otra verdad, que solo resultó cierta para su tiempo. Al parecer, a ojos vista, la mayoría de ellos estaban locos en esa época, mientras los sabios se ocultaban. Sin embargo, es preciso entender que existía un lenguaje oficial, verdadero, que postulaba un mundo espiritual, omnipotente.

El espíritu, desde esos tiempos hasta la actualidad, se ha debilitado profundamente y, para la ciencia actual, ha muerto. La vieja omnipotencia de las ideas cede su lugar a una realidad interpretada en términos de crítica de los hechos, a su vez provocadora de un conocimiento. En términos del sujeto que conoce, ¿Hasta donde se puede saber en qué medida es capaz de distinguir su deseo de la realidad? Y, a sabiendas de que su deseo forma parte de la realidad, ¿Cómo se sabría que es capaz de ver más allá de su propio deseo? ¿En qué momento se puede oponer el acto reflexivo a la locura, cuando no se sabe si el acto reflexivo es una expresión ideológica, de rasgos hipnoides, más cegador aún en tanto que tiene toda la alcurnia hegeliana? Como afirmaba Watzlawick, pletórico de sentido, “los resultados son inquietantes”.

¿Información o comunicación?

¿Es entonces el conocimiento científico un pariente muy cercano de la locura? ¿Es tan cercano, que no lo podemos distinguir muy bien? Si bien pudiera hacerse la admisión de que la ciencia básicamente es un proceso de comunicación de información, cuyo contenido remite a un quehacer propio de una disciplina, siendo este quehacer obediente a unos postulados claramente definidos, los cuales se caracterizan por ser provisionales, históricos y sociales (intersubjetivos), también se hace necesario admitir que la locura tiene relaciones muy claras con el conocimiento científico, en el sentido en que la locura como tal es un proceso en que se comunica información y se hace un acuerdo intersubjetivo: el que habla está loco y su interlocutor tiene el beneficio de la duda. En las curaciones milagrosas, ¿El curador no está loco? ¿Porqué ha de considerarse como loco solamente al que se denomina enfermo? Es obvio que, si existe la curación de una patología, esta solamente puede ocurrir con el advenimiento de un nuevo código al que se llama enfermo, es decir, con la entrada en una nueva realidad. ¿Pero cómo ocurre ese tránsito de una realidad psicótica a una realidad compartida por una mayoría? Parece evidente que tanto el loco como el sano deben contener las llaves que abren la vía de la comunicación. Es decir, debe existir en los casos de curación milagrosa, un patrón lingüístico común, que haga posible la inscripción del loco en el orden del hombre normal, es decir, en el orden de la mayoría. Y esa existencia tiene una historia de estimulación que puede ser entendida desde la Psicología del desarrollo de Vigotsky: se trata del establecimiento de un lenguaje nuevo, funcional, que permite tanto al loco como al curador, comunicarse.

Es decir, transmitir información por la vía del establecimiento de unos significados cuya función esencial es mantener una relación intersubjetiva. En sus estudios sobre la formación del lenguaje del niño, Vigotsky (1995) señalaba el aporte de Dimitri Uznadze: “En el marco de la comunicación interpersonal, un grupo de sonidos adquiere un significado determinado, convirtiéndose así en una palabra o concepto. Sin este aspecto funcional del entendimiento mutuo, ningún grupo de sonidos llegaría nunca a ser portador de significado, y nunca aparecería concepto alguno” (p. 120).

Este trascendente postulado implica que tanto la historia del hombre común como la historia de algunos locos está atravesada por la construcción del lenguaje, y en el caso de la gente del común, es la funcionalidad de los sonidos lo que los convierte en palabras y luego en conceptos, que desembocan en la construcción de sistemas de conceptos o visiones del mundo. Pero Vigotsky aporta otra piedra de toque en una posible solución del problema de la psicosis: durante la infancia, el hombre, en su aprehensión del lenguaje agrupa objetos en montones desorganizados bajo una palabra, donde el adulto usa un concepto. El montón, agrupado sin criterios, permite afirmar que el niño relaciona al azar dichos objetos en su percepción, aún cuando estos no tengan ninguna relación intrínseca. “En ese estadio, el significado de la palabra no denota para el niño nada más que un vago conglomerado de objetos individuales que, de un modo u otro, se han fundido en una imagen en su mente. Debido a su origen sincrético, dicha imagen es sumamente inestable.” (Vigotsky, 1995, p.127). Es decir, que el niño no diferencia muy claramente su percepción, su pensamiento y

su acción, y mezcla todo en una imagen indiferenciada, que se ha fundido en su mente como producto de una impresión casual, esto en palabras casi idénticas a las del autor.

Corriendo el riesgo de actuar como un niño pre-conceptual, preciso es afirmar entonces que la psicosis, básicamente, podría definirse en términos de comunicación como un proceso en el que los códigos que emergen no se han convenido funcionalmente, y que no se han reconocido por parte de los que no están dispuestos a escuchar al loco. La razón de esto ha sido estudiada por la psicoanalista Piera Aulagnier, quien postula que la indiferenciación está radicada en la estructura social misma: la madre del loco no lo puede imaginar o construir más que como parte de sí misma. La histérica se completa a través del hijo, el cual no tiene más que una dimensión biológica, orgánica. Es decir, el hijo de la histérica es un órgano de ella misma, y en el plano imaginario, la completa como su falo. En ese sentido, ella no puede percibir un otro en el hijo, y solamente puede formar en su mente una imagen (hipotéticamente hablando) en que se funden o sincretizan elementos agrupados bajo tal palabra (hijo) que remiten a su deseo realizado plenamente de estar “completa” imaginariamente. Es decir, el hijo constituye el órgano faltante, que la lleva a ser la mujer cuya falta se ausenta. De esta omnipotencia femenina surge la percepción indiferenciada del niño: él funciona como parte de la madre, y el código que construye es el de quien no se puede nombrar a sí mismo. Su lenguaje es sincrético, en el sentido de Vigotsky, y por consiguiente, es válido designarlo con una vieja expresión que aún se usa comúnmente: esquizofrenia.

Es la separación del código socialmente extendido lo que caracteriza al loco, no tanto porque el loco hable otro idioma, sino porque su producción semántica funciona según la lógica derivada de la formación histérica. El loco es en sí mismo un lugar del deseo de la madre histérica, cuyos enunciados de por sí son contradictorios. La histérica impide al niño la formación del yo, sumiéndolo en la indefinición de los términos, y en el sincretismo de la percepción, acción y pensamiento. Lo fija en un estadio cognitivo temprano, y lo deja en la prehistoria del desarrollo, siendo la estructura del psicótico muy semejante a la del niño pequeño. Su expresión delirante con respecto a la realidad constituye el producto de su relación con una madre histérica, indiferenciada de sí, de la que forma parte y desde la que a veces habla. Allí es clara una semejanza con el científico. Báez, en comunicación personal, hacía énfasis en una sentencia lacaniana: la ciencia es la histérica. Y claro, un día afirma y al siguiente niega. Eso, si se junta en un mismo espacio tiempo, conforma una impresión que lleva a generalizar bajo un sonido toda una experiencia.

En el caso de la ciencia está la teoría, de la que el científico no se puede deslindar; en el caso de la psicosis, está el delirio, fusión de percepción, pensamiento y acción. Lev Vigotsky recordaba a Federico Engels, para señalar que todas las construcciones lógicas ordinarias que utiliza la ciencia, son comunes a los animales y al hombre, diferenciándose por su nivel de desarrollo (1995, p. 112).

Entre los mismos hombres, las diferencias aludidas se darán por la madre. Entiéndase que la madre es una función social, creadora de seres humanos. Cuando la madre crea otro, es decir lo recono-

ce como diferente y a la vez como par, le otorga el fundamento de la identidad. Es el caso de la mayoría, y tal vez del científico. Esta madre hace posible la diferenciación a través del símbolo y propone el camino hacia la formación de sistemas conceptuales. Sin embargo, el científico, al identificarse con la ciencia, se asume completo, y sin darse cuenta, por lo general niega que tenga la verdad pero actúa como si la detentara realmente.

Un efecto de la ciencia es la psicosis, en el sentido en que designa con ésta palabra los saberes que no se suman a sus principios. En la psicosis no hay comunicación. ¿Cómo podría ser, si el que habla es parte de sí, pero su sí es la madre, es decir, el que habla no existe más que como parte de otro? Es ya el deseo materno fusionado con la percepción, y con las palabras, lo que forma el delirio. El contenido de éste tiene sentidos, y estos sentidos pueden evolucionar en significados, si alguien desde el mundo exterior se atreve a penetrar o a introducir un nuevo lenguaje. Al principio ese alguien no será reconocido por el loco, pues no tiene una identidad que le permita hacerlo, y que funcione como espejo. Cuando se logra que las palabras construyan diferencias entre los objetos, se entra en la dimensión de la curación. El niño forma conceptos que funcionan en la relación con los adultos. El loco, cuando empieza a crear conceptos, aunque nunca cese de estar loco, se relaciona con el mundo. Es decir, aparece otro, pero recuérdese que este otro siempre estará construido con base en un sincretismo, y el entendimiento y com-

prensión de ambos términos puede, con muchas dudas, ser considerado comunicación. Conocer el delirio del loco y sus ocultos y ambiguos sentidos ha sido una tarea de científicos cuya cordura podría discutirse, pues solamente ese ingrediente de locura podría establecer un terreno común. El loco es capaz de jugar el juego de la terapia y aprender sus reglas, acomodándolas a su deseo. Eso mismo, aunque con diferencias estructurales, sucede con el científico. ¿Cuál de los dos es el omnipotente? ¿El que modifica el mundo con su tecnología a veces crudamente aplicada, o el que hace lo mismo en una especie de realización imaginaria? ¿Cómo distinguirlos, cuando a veces los caudillos de los pueblos han arrastrado a la guerra y la muerte a quienes los han seguido en sus soluciones delirantes?

Finalizando esta disertación, se concluye que la comunicación produce gente. La información de todas las categorías, clases, etc., pretende comunicar resultados, conclusiones o efectos del accionar humano. El contenido de la información obedece a la teoría anteriormente enunciada: puede ser absolutamente delirante o contener un sistema conceptual muy elaborado. No obstante, la información solamente reporta. Esos son sus alcances aparentes. Y sin embargo, si la información entra a sustituir a la madre, se tendrá que leer nuevamente el presente texto para explicar los fenómenos que de allí se derivarían. Este último ensinamiento de la omnipotencia del autor constituye el cierre...*ciegos, igual que un vestiglo, del mundo no vemos nada.*²

² Arcipreste de Hita, *Cantares de Ciegos*, p. 240.

Referencias

- Hegel, G. W. F. (1986). *La Fenomenología del Espíritu*. Madrid: Alhambra.
- Ibáñez, J. (1988). *Introducción a Nuevos Avances en la Investigación Social 1 y 2*. Barcelona: Proyecto A Ediciones, 1988.
- Jaillier, E. (2003). Realidad y Visión Investigativa Social Reflexiva del Mundo: Entre la utopía y lo real más allá de lo pensable. En *Revista Nómadas Número 18*, Mayo, p. 64 - 70. Bogotá: Universidad Central – Compensar.
- Toro, J. (1998). Lenguaje y Poder. En *Caos y Dimensión Estética – De Kant a Deleuze – Carpe Diem*, *Revista Documentos 1*, Diciembre 1998 – Febrero 1999. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes – Instituto de Investigaciones Estéticas. Museo de Arte Moderno de Bogotá.
- Vigotsky, L. (1995). *Pensamiento y Lenguaje*. (Kozulin, A. ed.). Barcelona: Ediciones Paidós.
- Vigotsky, L. (1979). *El Desarrollo de los Procesos Psicológicos Superiores*. (Cole, M. et al. eds.). Barcelona: Crítica.
- Watzlawick, P. (1982). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.
- Zuleta, E. (2006). El Pensamiento Psicoanalítico. *Obras, Tomo I*. Bogotá.